

## Algunas reflexiones sobre el yo<sup>1</sup>

JACQUES LACAN

<sup>11</sup>Al desarrollar sus perspectivas sobre el yo, Freud fue llevado a hacer dos formulaciones que parecen contradictorias.

En la teoría del narcisismo, el yo está del lado opuesto al objeto: el concepto de economía libidinal. La investidura libidinal del cuerpo propio provoca el dolor hipocondriaco, mientras que la pérdida del objeto produce una tensión depresiva que puede culminar en el suicidio.

Por otro lado, en la teoría tópica del funcionamiento del sistema percepción-conciencia, el yo está del mismo lado que el objeto y resiste al ello, es decir, al conjunto de pulsiones gobernadas exclusivamente por el principio de placer.<sup>1</sup>

Si hay una contradicción aquí, ella desaparece cuando nos liberamos de una concepción ingenua del principio de realidad y observamos que aunque el principio de realidad precede al pensamiento, adquiere diversas formas según el modo en el que el sujeto se ocupe de él (si bien Freud pudo haber sido claro en este aspecto, sus afirmaciones no lo fueron).

Para nosotros, la experiencia analítica le da una fuerza especial a esta verdad y la despoja de cualquier rastro de idealismo, porque nos permite especificar concretamente las relaciones orales, anales y genitales que el sujeto establece con el mundo exterior en el nivel libidinal.

Me refiero aquí a una formulación lingüística por parte del sujeto (que no tiene nada que ver con los modos, vitalistas o románticamente intuitivos, de contacto con la realidad)

---

<sup>1</sup> Leído ante la British Psycho-Analytical Society el 2 de mayo de 1951. [*Some Reflections on the Ego*] fue leído por Lacan ante la British Psycho-Analytical Society el 2 de mayo de 1951, y publicado en la *International Journal of Psycho-Analysis* XXXIV, 1 (1953): 11-17. La paginación en negrita corresponde a la edición original. Traducción al castellano de Agustín Kripper.]

de sus interacciones con su entorno tal como están determinadas por cada uno de los orificios de su cuerpo.<sup>ii</sup> De esto se sostiene o no toda la teoría psicoanalítica de las pulsiones instintivas.

¿Qué relación guarda el “sujeto libidinal” –cuyos vínculos con la realidad tienen la forma de una oposición entre un *Innenwelt* y [mundo interno] y un *Umwelt* [mundo circundante]– con el yo? Para descubrirlo, debemos partir de un hecho que suele descuidarse demasiado: la comunicación verbal es el instrumento del psicoanálisis. Freud no lo olvidaba cuando insistía en que el material reprimido (como los recuerdos y las representaciones), que, por definición, puede retornar de la represión, debió haber existido, en la época en la que se produjeron los acontecimientos en cuestión, de una forma en la que al menos haya tenido la posibilidad de ser verbalizado. Reconocer un poco más claramente la función supraindividual del lenguaje, nos permite distinguir en la realidad los nuevos desarrollos que éste actualiza.<sup>iii</sup> El lenguaje tiene, por así decir, una especie de efecto retrospectivo, por cuanto determina lo que en última instancia se considera real.<sup>iv</sup> Cuando se entienda esto, se verá desmoronarse algunas de las críticas que se han lanzado contra la legitimidad de las incursiones de Melanie Klein en las áreas preverbales del inconsciente.

La estructura del lenguaje ahora nos da una pista sobre la función del yo. El yo puede ser el sujeto del verbo o bien calificarlo. Hay dos tipos de lenguaje. En uno se dice: “Golpeo al perro”, mientras que en el otro se dice: “El perro es golpeado por mí”.<sup>v</sup> Pero debe señalarse que la persona que habla, aparezca en la oración como el sujeto del verbo o calificándolo, se afirma en ambos casos como un objeto implicado en una relación de algún tipo, ya sea una relación de sentir o de actuar.

¿Nos proporciona lo expresado en esos enunciados del yo una imagen de la relación del sujeto con la realidad?

Aquí, como en otros casos, la experiencia psicoanalítica corrobora sorprendentemente las especulaciones de los filósofos, cuando definieron la relación existencial expresada en el lenguaje como una relación de negación.

Lo que pudimos observar es el modo privilegiado en el que una persona se expresa como yo: precisamente la *Verneinung* (negación).

Aprendimos a estar bastante seguros de que cuando alguien dice: “No es así”, es porque es así, y de que cuando dice: “No quiero decir eso”, es porque sí <sup>12</sup>quiere decir eso. Sabemos cómo reconocer la hostilidad subyacente en los enunciados más “altruistas”, la corriente de sentimientos homosexuales escondida debajo de los celos, y la tensión del deseo oculto en el horror profesado al incesto. Observamos que la indiferencia manifiesta puede enmascarar un intenso interés latente. Y aunque en el tratamiento no nos encontramos de inmediato con la hostilidad furiosa que provocan estas interpretaciones, estamos convencidos de que nuestras investigaciones justifican el epigrama del filósofo que dijo que la palabra se le dio al hombre para que ocultara sus pensamientos.<sup>vi</sup> Consideramos que la función esencial del yo se asemeja mucho a esa negativa sistemática a reconocer la realidad (*méconnaissance systématique de la réalité* [desconocimiento sistemático de la realidad]) a la que los analistas franceses se refieren cuando hablan de las psicosis.

Sin duda, toda manifestación del yo se compone en partes iguales de buenas intenciones y de mala fe, y la habitual protesta idealista contra el caos del mundo sólo delata, al revés, el modo en el que logra sobrevivir aquél que tiene un papel que cumplir en dicho caos.<sup>vii</sup> Ésta es precisamente la ilusión que Hegel denunció como la Ley del Corazón, cuya verdad aclara sin duda el problema del revolucionario de hoy, que no reconoce sus ideales en los resultados de sus actos.<sup>viii</sup> Esta verdad también es obvia para el hombre que, habiendo alcanzado la flor de su vida y después de haber visto desmentidas tantas profesiones de fe, comienza a pensar que ha presenciado un ensayo general del Juicio Final.

En mis trabajos previos mostré que la paranoia sólo puede entenderse en tales términos, y demostré en una monografía que, en el caso estudiado, los perseguidores eran idénticos a las imágenes del ideal del yo.<sup>ix</sup>

Pero, a la inversa, el estudio del “conocimiento paranoico” me llevó a considerar que el mecanismo de la alienación paranoica del yo es una de las condiciones previas para el conocimiento humano.

De hecho, los celos primordiales preparan el terreno donde surge la relación triangular entre el yo, el objeto y “alguien más”.<sup>x</sup> Aquí se evidencia un contraste entre el objeto de las

necesidades del animal, que está aprisionado en el campo de fuerza de su deseo, y el objeto del conocimiento humano.

El objeto del deseo del hombre –y no somos los primeros en decirlo– es en esencia un objeto deseado por otro. El efecto producido por este intermediario permite que un objeto se vuelva equivalente a otro, posibilitando que los objetos se intercambien y se comparen. Si bien este proceso tiende a disminuir la significación especial de cualquier objeto particular, permite entrever al mismo tiempo la existencia de objetos innumerables.

Ese proceso nos lleva a ver nuestros objetos como yoos identificables, dotados de unidad, permanencia y sustancialidad. Esto implica un elemento de inercia, que obliga a someter el reconocimiento de los objetos y del yo a una revisión constante en un proceso dialéctico sin fin.

El Diálogo socrático suponía un proceso semejante. Ya se tratase de la ciencia, la política o el amor, Sócrates les enseñaba a los amos de Atenas a convertirse en lo que debían ser desarrollando su conocimiento del mundo y de sí mismos mediante “formas” que eran redefinidas constantemente.<sup>xi</sup> El único obstáculo que encontró fue la atracción del placer.

Los que nos ocupamos del hombre de hoy en día, es decir, un hombre con la conciencia intranquila, encontramos esa inercia en el yo: la conocemos como la resistencia al proceso dialéctico del análisis. El paciente se encuentra embelesado por su yo, a tal punto que éste provoca su padecimiento y revela su función absurda. Fue este hecho precisamente el que nos llevó a desarrollar una técnica que sustituye la secuencia del Diálogo por los extraños rodeos de la asociación libre.

Pero, ¿cuál es entonces la función de esa resistencia, que nos obliga a adoptar tantas precauciones técnicas?

¿Cuál es el sentido de esa agresividad, que siempre está lista para descargarse cuando la estabilidad del sistema delirante paranoico se ve amenazada?

¿No se trata aquí de una pregunta que es la misma y una sola?

Cuando intentamos responder profundizando un poco más en la teoría, nos guio la idea de que si tuviésemos una comprensión más clara de nuestra actividad terapéutica,

podríamos llevarla a cabo con más eficacia –igualmente que si situásemos nuestro papel de analistas en un contexto definido en la historia de la humanidad, podríamos delimitar con más precisión el alcance de las leyes que nos sería posible descubrir–.

La teoría que tenemos en mente es una teoría genética del yo. Una teoría semejante puede considerarse psicoanalítica en la medida en que trata de la relación del sujeto con su cuerpo propio en términos de su identificación con una imago, lo cual constituye la relación psíquica por excelencia. De hecho, el concepto que formulamos de esta relación a partir de nuestro trabajo analítico, es el punto de partida de una psicología genuinamente científica.

<sup>13</sup>Ahora nos ocuparemos de la imagen corporal. Si el síntoma histérico es un modo simbólico de expresar un conflicto entre fuerzas diferentes, lo que nos sorprende es el extraordinario efecto que tiene esta “expresión simbólica” cuando produce una anestesia segmental o una parálisis muscular que no pueden explicarse por ninguna agrupación de nervios sensoriales o músculos. Calificar a estos síntomas de funcionales no es sino confesar nuestra ignorancia, porque siguen el modelo de cierta Anatomía imaginaria que tiene sus propias formas típicas. En otras palabras, el sorprendente acatamiento somático que es el signo exterior de esta anatomía imaginaria sólo se muestra dentro de ciertos límites definidos. Quisiera destacar que la anatomía imaginaria a la que nos referimos varía según las ideas (claras o confusas) sobre las funciones corporales que prevalecen en una cultura dada. Es como si la imagen corporal tuviese una existencia autónoma, entendiendo por “autónoma” independiente de la estructura objetiva. Todos los fenómenos de los que hablamos parecen manifestar las leyes de la Gestalt, como lo evidencia el hecho de que el pene sea dominante en la formación de la imagen corporal. Aunque pueda consternar a los defensores declarados de la autonomía de la sexualidad femenina, esta dominancia es un hecho, que, por lo demás, no puede atribuirse exclusivamente a las influencias culturales.

Además, esa imagen es selectivamente vulnerable en sus líneas de clivaje. Nos parece que las fantasías que revelan este clivaje merecen agruparse bajo el término de “imagen del cuerpo despedazado” (*imago du corps morcelé* [imago del cuerpo fragmentado]), de uso corriente entre los analistas franceses. Estas imágenes típicas aparecen tanto en los sueños como en las fantasías. Pueden mostrar, por ejemplo, el cuerpo de la madre con una

estructura de mosaico similar a un vitral. Más a menudo se parecen a un rompecabezas, con las partes separadas del cuerpo de un hombre o un animal dispuestas desordenadamente. Mucho más significativas para nuestro propósito son las imágenes incongruentes en las que los miembros desarticulados son reordenados como trofeos extraños: troncos cortados en rodajas y rellenos con los materiales más insólitos, apéndices raros en posiciones excéntricas, reduplicaciones del pene, o imágenes de la cloaca representada como una ablación quirúrgica, a menudo acompañadas en los pacientes varones por fantasías de embarazo. Esta clase de imágenes parecen ser especialmente afines a anomalías congénitas de todo tipo. Un paciente mío, cuyo desarrollo del yo había sido perjudicado por una parálisis braquial obstétrica que le afectaba el brazo izquierdo, soñó que el recto aparecía en el tórax, ocupando el lugar de los vasos subclavios. (Su análisis lo había decidido a estudiar medicina).

Lo que me impresionó primero fue la fase del análisis en la que esas imágenes salieron a la luz. Siempre se relacionaban con la elucidación de los problemas más tempranos del yo del paciente y con la revelación de preocupaciones hipocondriacas latentes. Suelen estar por completo encubiertas por las formaciones neuróticas que las han compensado en el curso del desarrollo. Su aparición anuncia una fase particular y muy arcaica de la transferencia, y el valor que les atribuimos de identificar esta fase siempre fue confirmado por la simultánea y marcada disminución de las resistencias más profundas del paciente.

Aunque insistimos en estos detalles fenomenológicos, no ignoramos la importancia del trabajo de Schilder sobre la función de la imagen corporal ni sus notables explicaciones del grado en el que ella determina la percepción del espacio.<sup>xiii</sup>

La significación del fenómeno llamado “miembro fantasma” aún no ha sido agotada. Me parece que vale especialmente la pena advertir que esas experiencias se relacionan en esencia con la persistencia de un dolor que ya no puede explicarse por la irradiación local. Es como si, en esta relación con un objeto narcisista tal como la ausencia de un miembro, se entreviese la relación existencial de un hombre con su imagen corporal.

Los efectos de la leucotomía sobre el dolor (incurable hasta ahora) de algunas formas de cáncer, y la extraña persistencia del dolor con la remoción del elemento subjetivo de

aflicción en tales condiciones, nos hacen sospechar que la corteza cerebral funciona como un espejo y que es el lugar donde se integran las imágenes en la relación libidinal insinuada por la teoría del narcisismo.

Hasta ahora todo está claro. Sin embargo, no hemos tratado la cuestión de la naturaleza de la imago en sí. En todo caso, los hechos suponen que postulemos cierto poder formativo en el organismo. Aquí los psicoanalistas reintrodujimos una idea descartada por la ciencia experimental: la idea aristotélica de la *Morphé* [Forma]. En la esfera de las relaciones, en la medida en que concierne a <sup>14</sup>la historia del individuo, sólo captamos imágenes exteriorizadas. Ahora es el problema platónico de reconocer su sentido el que exige una solución.

A su debido tiempo, los biólogos tendrán que seguirnos a ese dominio. El concepto de identificación, que [los analistas] elaboramos empíricamente, es la única clave para entender los hechos que han encontrado hasta ahora.

Es divertido observar, en relación con esto, las dificultades que tienen cuando se les pide que expliquen datos como los recogidos por Harrison en las *Proceedings of the Royal Society* [Actas de la Sociedad Real] de 1939. Estos datos mostraban que la maduración sexual de la paloma hembra depende por completo de que vea a un miembro de su propia especie, macho o hembra. Tan es así que la maduración del pájaro puede postergarse indefinidamente si falta esa percepción. A la inversa, basta que el pájaro vea su propio reflejo en un espejo para hacer que madure casi tan rápidamente como si hubiese visto a una paloma real.

Asimismo, hemos subrayado la importancia de los hechos descritos en 1941 por Chauvin en el *Bulletin de la Société entomologique de France* [Boletín de la Sociedad entomológica de Francia] sobre la langosta migratoria, *Schistocerca*, habitualmente llamada saltamontes. El insecto tiene dos tipos de desarrollo posibles que difieren por completo en su comportamiento y su historia posterior. Existe un tipo solitario y un tipo gregario de estas langostas, el último de los cuales tiende a congregarse en lo que se llama “nubes”. La cuestión de si seguirá uno u otro tipo de desarrollo, queda abierta hasta el segundo o tercero de los períodos larvarios (los intervalos entre muda y muda). La condición necesaria y

suficiente es que el insecto perciba algo cuya forma y cuyos movimientos sean lo bastante parecidos a los de un miembro de su propia especie. Si la mera visión de un miembro de la especie *Locusta*, muy similar a la suya (si bien no gregaria), cumple esta condición, la frecuentación de un *Gryllus* (grillo) carece de efecto. (Esto no podría establecerse, por supuesto, sin una serie de experimentos de control, positivos así como negativos, que excluyese la influencia de los aparatos auditivo y olfativo del insecto, entre otros, incluyendo el misterioso órgano descubierto en las patas traseras por Brunner von Wattenwyl).<sup>xiii</sup>

El desarrollo de dos tipos totalmente diferentes en el tamaño, el color y la forma –esto es, en el fenotipo– y que incluso difieren en características instintivas tales como la voracidad, está completamente determinado por ese fenómeno de reconocimiento. Chauvin, que se ve obligado a admitir su autenticidad, lo hace pese a todo con mucha reticencia, manifestando esa timidez intelectual que los experimentalistas consideran una garantía de objetividad.

Esta timidez es ejemplificada en la medicina por la prevalencia de la creencia de que un hecho –un hecho puro– vale más que cualquier teoría, y se fortalece por el sentimiento de inferioridad que embarga a los médicos cuando comparan sus propios métodos con los de las ciencias más exactas.

Desde nuestro punto de vista, sin embargo, son las teorías innovadoras las que preparan el terreno para los nuevos descubrimientos científicos, ya que no sólo nos permiten comprender mejor los hechos, sino que hacen posible su observación en primer lugar. Es poco probable entonces que los hechos, luego de ser ajustados más o menos arbitrariamente a una doctrina aceptada, se queden encasillados allí.

Muchos hechos de ese tipo han llamado ahora la atención de los biólogos, pero todavía tiene que ocurrir una revolución intelectual para que los comprendan plenamente. Estos datos biológicos aún eran desconocidos cuando presenté en el Congreso de Marienbad de 1936 el concepto del “Estadio del espejo”, definiéndolo como uno de los estadios del desarrollo del niño.<sup>xiv</sup>



Volví a tratar el tema hace dos años en el Congreso de Zúrich. En las Actas del Congreso sólo apareció un resumen (traducido al inglés) de mi trabajo. El texto completo se publicó en la *Revue française de Psychanalyse* [Revista francesa de psicoanálisis].<sup>xv</sup>

La teoría que propuse allí –que sometí hace mucho tiempo a la consideración de los psicólogos franceses– se refiere a un fenómeno al que atribuyo un valor doble. En primer lugar, le doy un valor histórico, ya que marca un punto de inflexión decisivo en el desarrollo mental del niño. Y en segundo lugar, tipifica una relación libidinal esencial con la imagen corporal. Por estas dos razones, el fenómeno demuestra claramente la entrada del individuo en un estadio en el que puede observarse la formación más temprana del yo.

La observación consiste simplemente en el interés jubiloso que muestra un niño de poco más de ocho meses al ver su propia imagen en el espejo. Este interés se manifiesta en juegos con los que el niño parece entrar en un éxtasis infinito cuando ve que los movimientos en el espejo corresponden a sus propios movimientos. El juego remata en intentos de explorar las cosas vistas en el espejo y los objetos cercanos que reflejan.

El juego puramente imaginario evidenciado en ese juego deliberado con una ilusión tiene mucha importancia para el filósofo, <sup>15</sup>en especial porque la actitud del niño es justamente la inversa de la actitud de los animales. El chimpancé en particular es muy capaz de detectar la ilusión a la misma edad. Se lo ve probar su realidad con métodos intrincados que manifiestan una inteligencia en el nivel de desempeño al menos igual, si no superior, a la de un niño de la misma edad. Pero cuando ha sido decepcionado varias veces al tratar de agarrar algo que no está ahí, el animal pierde todo interés en ella. ¡Sería paradójico, por supuesto, concluir que, de los dos, el animal es el mejor adaptado a la realidad!

Observemos que la imagen en el espejo está invertida, en lo cual podemos ver al menos una representación metafórica de la inversión estructural que, como demostramos, constituye en el yo la realidad psíquica del individuo. Pero, metáforas aparte, las inversiones del espejo reales han sido señaladas a menudo en los Dobles Fantasmales (fenómeno cuya importancia en el suicidio fue mostrada por Otto Rank).<sup>xvi</sup> Además, siempre encontraremos esta misma clase de inversión, si la buscamos, en las imágenes

oníricas que representan el yo del paciente en su papel característico –a saber, dominado por el conflicto narcisista–. Tan es así que esta interpretación exige como requisito previo esa inversión del espejo.

Pero otras características nos permitirán comprender más profundamente la relación entre esa imagen y la formación del yo. Para captarlas debemos, por un lado, situar la imagen invertida en el contexto de la evolución de las formas sucesivas de la imagen corporal misma, y por el otro, tratar de correlacionar con el desarrollo del organismo y el establecimiento de sus relaciones con el *Socius* [compañero], esas imágenes cuyas conexiones dialécticas se nos aparecen con claridad en nuestra experiencia del tratamiento.

El meollo de la cuestión es el siguiente: el comportamiento del niño frente al espejo nos parece más inmediatamente comprensible que sus reacciones en esos juegos en los que parece desprenderse del objeto y cuyo sentido Freud, en un destello de genio intuitivo, nos describió en *Más allá del principio de placer*.<sup>xvii</sup> Ahora bien, el comportamiento del niño frente al espejo es tan llamativo que es totalmente inolvidable hasta para el observador menos familiarizado. Es más impresionante aún advertir que este comportamiento se produce en un bebé en brazos o un niño que se mantiene de pie con el auxilio de uno de esos aparatos que ayudan a aprender a caminar sin sufrir caídas graves. La alegría del niño se debe a su triunfo imaginario, con el que se anticipa a un grado de coordinación muscular que aún no ha alcanzado realmente.

No podemos dejar de apreciar el valor afectivo que puede adquirir la Gestalt –la visión de la imagen corporal entera– cuando consideramos que aparece sobre un fondo de perturbaciones y discordias orgánicas, en el cual todo indica que debemos buscar los orígenes de la imagen del “cuerpo despedazado” (*corps morcelé* [cuerpo fragmentado]).

Aquí la fisiología nos da una pista. Puede considerarse que el animal humano nace prematuramente. Para el histólogo una prueba suficiente de esto es que el sistema piramidal no está mielinizado en el nacimiento, mientras que el neurólogo se conforma con un número de reflejos y reacciones posturales. El embriólogo también ve en la “fetalización” del sistema nervioso humano (para usar el término de Bolk) el mecanismo responsable de

la superioridad del Hombre sobre los otros animales –a saber, la flexión cefálica y la expansión del prosencéfalo–.

Su falta de coordinación sensorial y motriz no le impide al neonato quedar fascinado por el rostro humano casi tan pronto como abre sus ojos a la luz del día, ni mostrar del modo más claro posible que distingue a su madre de toda la gente a su alrededor.

Son la estabilidad de la postura erecta, el prestigio de su estatura y la imponentia de las estatuas las que dan el estilo a la identificación en la que el yo encuentra su punto de partida y dejan su impronta en él para siempre.<sup>xviii</sup>

Anna Freud enumeró, analizó y definió de una vez para siempre los mecanismos con los que se forman las funciones del yo en la psiquis. Es notable que estos mismos mecanismos sean los que determinan la economía de los síntomas obsesivos. Tienen en común un elemento de aislamiento y un énfasis en la hazaña. En consecuencia, es común encontrarse con sueños en los que el yo del soñante es representado como un estadio o algún otro espacio cerrado consagrado a la competencia por el prestigio.

Aquí vemos al yo en su esencial resistencia al elusivo proceso del Devenir, a las variaciones del Deseo. Esta ilusión de unidad, en la que el ser humano siempre espera con ansia el autodomínio, conlleva el peligro constante de recaer en el caos del que partió, y pende sobre el abismo de un Asentimiento vertiginoso en el que tal vez pueda verse la esencia misma de la Angustia.

<sup>16</sup>Pero esto no es todo. La brecha que separa al hombre de la naturaleza es la que determina su falta de relación con ésta y engendra su escudo narcisista, con su revestimiento nacarado, sobre el que se encuentra pintado el mundo del que está separado para siempre. Pero esta misma estructura también es la visión en la que su propio entorno – es decir, la sociedad de sus semejantes– está incrustada en él.

Las excelentes descripciones de niños brindadas por los observadores de [la escuela de] Chicago nos permiten evaluar el papel que la imagen corporal cumple en los diversos modos en los que los niños se identifican con el *Socius*. Los vemos tomar diversas actitudes, como la del amo y el esclavo, o la del actor y el espectador. Un desarrollo de este fenómeno normal merece ser descrito por el término usado por los psiquiatras franceses en la

discusión sobre la paranoia: “transitivismo”. El transitivismo reúne en una equivalencia absoluta el ataque y el contraataque. En este caso, el sujeto se encuentra en ese estado de ambigüedad que precede a la verdad, dado que su yo está alienado realmente de sí mismo en la otra persona.

Hay que agregar que, para que esos juegos formativos tengan su pleno efecto, el intervalo entre las edades de los niños en cuestión no debe exceder cierto umbral, y sólo el psicoanálisis puede determinar la edad óptima de este intervalo. Desde luego, el intervalo que parece facilitar la identificación puede producir los peores resultados posibles en las fases críticas de la integración instintiva.

Quizá no se ha enfatizado lo suficiente que la génesis de la homosexualidad en un niño puede relacionarse a veces con la imago de una hermana mayor.<sup>xix</sup> Sucede como si el niño fuese arrastrado por la estela del desarrollo superior de su hermana. El efecto será proporcional al período de tiempo durante el que este intervalo encuentre el equilibrio óptimo.

Normalmente, estas situaciones se resuelven con una especie de conflicto paranoico, en cuyo trascurso, como ya he mostrado, el yo se construye por oposición.

Sin embargo, al entrar en la identificación narcisista, la libido revela aquí su significado. Su dimensión característica es la agresividad.

Desde luego, las similitudes verbales no deben hacernos pensar, como suele ocurrir, que la palabra “agresividad” expresa meramente la capacidad de agresión.

Cuando nos dirigimos a las funciones concretas denotadas por estas palabras, vemos que “agresividad” y “agresión” son términos complementarios y no mutuamente incluyentes, y que –al igual que “adaptabilidad” y “adaptación”– pueden representar dos cosas contrarias.

Ciertamente, la agresividad implícita en la relación fundamental del yo con los otros no se basa en la simple relación insinuada por la fórmula: “El pez grande se come al pez chico”, sino en la tensión intrapsíquica que percibimos en la advertencia ascética: “Un golpe a tu enemigo es un golpe a ti mismo”.

Esto vale para todas las formas del proceso de negación, cuyo mecanismo oculto Freud analizó con tanta genialidad. Así, la naturaleza homosexual del: “Yo lo amo” subyacente se revela en la frase: “Él me ama. Yo lo odio. No es a él a quien amo”. La tensión libidinal, que encadena al sujeto a la búsqueda constante de una unidad ilusoria que siempre lo aleja de sí mismo, se relaciona seguramente con la agonía de la derelicción que es el destino particular y trágico del hombre. Aquí vemos cómo Freud fue llevado a su desviado concepto de instinto de muerte.

Los signos del daño duradero provocado por esa libido negativa pueden leerse en el rostro de un niño desgarrado por los tormentos de los celos, en el que San Agustín reconoció el mal original. “Yo mismo vi y conocí incluso a un bebé envidioso. Todavía no podía hablar, pero empalidecía y miraba con amargura a su hermano de leche” (“...*nondum loquebatur, et intuebatur pallidus amaro aspectu conlactaneum suum*”).<sup>xx</sup>

Es más, todo el desarrollo de la conciencia sólo conduce a redescubrir la antinomia que Hegel establece como el punto de partida del yo. Como afirma la conocida doctrina de Hegel, el conflicto que surge de la coexistencia de dos conciencias sólo puede ser resuelto por la destrucción de una de ellas.

Pero, después de todo, es nuestra experiencia del sufrimiento que aliviamos en el análisis la que nos conduce al dominio de la metafísica.

Estas reflexiones sobre las funciones del yo sobre todo deben alentarnos a examinar de nuevo ciertas ideas que a veces se aceptan sin sentido crítico, como la idea de que tener un yo fuerte resulta psicológicamente ventajoso.

De hecho, las neurosis clásicas siempre parecen ser subproductos de un yo fuerte. Y las grandes ordalías de la guerra nos demostraron que, de todos los hombres, son los verdaderos neuróticos quienes tienen las mejores defensas. Es obvio que las neurosis que implican fracasos, dificultades de carácter y autocastigos están en expansión, y ocupan un lugar entre los tremendos avances que el yo hace sobre la personalidad como un todo.

<sup>17</sup>En efecto, un proceso natural de autoadaptación no decidirá por sí solo el resultado final de este drama. El concepto de abnegación, que la escuela francesa ha denominado

*oblativité* [oblatividad], entendido como la desembocadura normal de la psiquis liberada por el análisis, nos parece una simplificación excesiva e infantil.<sup>xxi</sup>

Porque nuestra práctica cotidiana nos enfrenta a los resultados desastrosos que producen los matrimonios basados en dicha abnegación o los compromisos contraídos de acuerdo con la ilusión narcisista que corrompe todo intento de asumir responsabilidad por los otros.

Tenemos que considerar aquí el problema de nuestra evolución histórica, a la que puede responsabilizarse tanto del atolladero psicológico del yo del hombre contemporáneo como del deterioro progresivo de las relaciones entre los hombres y las mujeres en nuestra sociedad.

No quisiéramos complicar la cuestión alejándonos demasiado de nuestro tema principal. Así que nos limitaremos a mencionar lo que la antropología comparada nos enseñó sobre las funciones que en otras culturas cumplen las denominadas “técnicas corporales” (estudiadas detenidamente por el sociólogo Mauss). Estas técnicas corporales se hallan en todas partes. Vemos que sostienen los estados de trance del individuo y las ceremonias del grupo, actúan en las representaciones folclóricas rituales y las ordalías de iniciación. Nos sorprende que manifestaciones que serían consideradas patológicas entre nosotros puedan cumplir en otras culturas una función social en la promoción de la estabilidad mental. De esto deducimos que estas técnicas ayudan al individuo a atravesar ciertas fases críticas del desarrollo que resultan ser un escollo para nuestros pacientes.

El complejo de Edipo –la piedra angular del análisis, y que cumple un papel tan esencial en el desarrollo psicosexual normal– representa posiblemente en nuestra cultura las reliquias vestigiales de las relaciones que les permitían a las comunidades primitivas asegurar durante siglos la interdependencia psicológica y mutua que resultaba esencial para la felicidad de sus miembros.

La influencia formativa que aprendimos a detectar en los primeros intentos de someter los orificios del cuerpo a alguna forma de control, nos permite aplicar este criterio al estudio de las sociedades primitivas. Pero el hecho de que en estas sociedades no encontremos casi ninguno de los trastornos que nos hicieron prestar atención a la

importancia de la enseñanza temprana, debe precavernos de aceptar sin reservas conceptos como el de “estructura básica de la personalidad” de Kardiner.<sup>xxii</sup>

Nos parece que tanto las enfermedades que tratamos de mitigar como las funciones que cada vez más se nos exige asumir en la sociedad como terapeutas, implican la emergencia de un nuevo tipo de hombre: el *Homo psychologicus* [Hombre psicológico], el producto de nuestra era industrial. La relación de este *Homo psychologicus* con las máquinas que utiliza es muy sorprendente, especialmente en el caso del automóvil. Nos da la impresión de que su relación con esta máquina es tan íntima que es casi como si los dos estuviesen unidos realmente –los defectos y las averías mecánicas del automóvil suelen tener su paralelo en los síntomas neuróticos del hombre–. El significado emocional que esta máquina tiene para el hombre deriva del hecho de que ella exterioriza el caparazón protector de su yo así como el fracaso de su virilidad.

Esta relación entre el hombre y la máquina llegará a estar regulada por medios psicológicos y psicotécnicos a la vez. La necesidad de esto se volverá cada vez más urgente con la organización de la sociedad.

Si, en contraste con estos procedimientos psicotécnicos, el diálogo psicoanalítico nos permite reestablecer una relación más humana, ¿no está la forma de este diálogo determinada por un atolladero, a saber, la resistencia del yo?

En efecto, ¿no es éste un diálogo en el cual el que sabe admite con su técnica que puede liberar a su paciente de las cadenas de su ignorancia tan sólo dejándolo hablar?<sup>xxiii</sup>

(Recibido el 2 de mayo de 1951)

## Notas del traductor

<sup>i</sup> *Resists* (resiste) también podría traducirse por “se resiste”.

<sup>ii</sup> *In language* (lingüística) también podría traducirse por “de leguaje” o “en el lenguaje”.

<sup>iii</sup> *Actualized* (actualiza) podría traducirse alternativamente por “efectúa”.

<sup>iv</sup> *In determining what is ultimately decided to be real* (por cuanto determina lo que en última instancia se considera real) también podría traducirse por “ya que determina lo que en última instancia se decide que es real”.

<sup>v</sup> La extraña construcción de la frase, *There is a beating of the dog by me* (literalmente: “Hay una golpiza del perro por mí), me obligó a traducirla del siguiente modo: “El perro es golpeado por mí”, a fin de que su sentido quede más claro en contraposición con la frase anterior: “Golpeo al perro”.

<sup>vi</sup> Referencia a la frase del epígrafe de Stendhal al capítulo XXII de *Rojo y negro*: “*La parole a été donnée à l'homme pur cacher sa pensée*” (“La palabra le fue dada al hombre para ocultar su pensamiento”).

<sup>vii</sup> *Chaos* (caos) parece ser la palabra con la que Lacan traduce el término *désordre* (desorden), que suele emplear al caracterizar la posición del alma bella. *He who has a part to play* (aquel que tiene un papel que cumplir en dicho caos) también podría traducirse por “quien tiene un papel que representar”, y remite a las palabras que Lacan afirma que Freud habría dirigido a Dora: *Regarde quelle est ta propre part au désordre dont tu te plains*, “Mira qué papel te cabe en el desorden del que te quejas,” o “Mira cuál es tu propia participación en el desorden del que te quejas”, o, más literalmente: “Mira cuál es tu propia parte en el desorden del que te quejas” (“Intervención sobre la transferencia”, *Écrits* 1966, 219).

<sup>viii</sup> Sobre “la ley del corazón”, cf. G. W. F. Hegel, “La ley del corazón y el delirio del engruimiento”, en *Fenomenología del espíritu* (Madrid: Abada-UAM, 2010), 449-461; asimismo, cf. A. Kojève, *Introducción a la lectura de Hegel...* (Madrid: Trotta, 2013), 129-130 y Jean Hyppolite, *Génesis y estructura...* (Barcelona: Península, 1974), 256-261. Lacan sueña asociarse la ley del corazón con el análisis hegeliano del “alma bella”. Cf. “Palabras sobre la causalidad psíquica”, en *Écrits* 1966, 173, y G. W. F. Hegel, “La certeza moral, el alma bella, el mal y su perdón”, en *Fenomenología del espíritu* (Madrid: Abada-UAM, 2010), 731-775, esp. 749-759; asimismo, cf. A. Kojève, *Introducción a la lectura de Hegel...* (Madrid: Trotta, 2013), 197-200 y Jean Hyppolite, *Génesis y estructura...* (Barcelona: Península, 1974), 465-469.

<sup>ix</sup> La monografía referida es la tesis de doctorado de Lacan, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (México: Siglo XXI, 1976 [1932]). Cf. asimismo “Palabras sobre la causalidad psíquica”, en *Écrits* 1966, 168-70.

<sup>x</sup> *Sets the stage* (preparan el terreno) podría traducirse alternativamente por “instauran el estadio”. *Someone else* (alguien más) también podría traducirse por “otra persona”.

<sup>xi</sup> *Awareness* (conocimiento) también podría traducirse por “conciencia”.

<sup>xii</sup> Cf. Paul Schilder, *Imagen y apariencia del cuerpo humano* (Buenos Aires: Paidós, 1977 [1935]).

<sup>xiii</sup> Corregimos la errata, “Wattenwyll”.

<sup>xiv</sup> Lacan se refiere al trabajo, “El estadio del espejo como formador de la función del *Yo* tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Écrits*, 93-100.

<sup>xv</sup> El texto referido es “La agresividad en el psicoanálisis”, en *Écrits*, 101-24.

<sup>xvi</sup> *Phantom Doubles* (Dobles Fantasmales) podría traducirse alternativamente por “Dobles Fantasmáticos” o “Dobles Fantasiosos”. Cf. Otto Rank, *El doble* (Buenos Aires: Ediciones Orión, 1976).

<sup>xvii</sup> *Wean* (alejarse) es literalmente “destetarse”.

<sup>xviii</sup> *In it* (en él) podría alternativamente referirse a la identificación (en ella) en vez del al yo.

<sup>xix</sup> Suponemos que aquí *body* es una errata de *boy*, que traducimos por “niño”.

<sup>xx</sup> “*Myself have seen and known even a baby envious; it could not speak, yet it turned pale and looked bitterly on its foster-brother*”. Esta frase de san Agustín (*Confesiones*, Libro I, 7) es citada por Lacan en la página 114 de los *Écrits*: “*Vidi ego et expertus sum zelantem parvulum: nondum loquebatur et intuebatur pallidus amaro aspectu conlactaneum suum*”, y es traducida por él del siguiente modo: “*J'ai vu de mes yeux et j'ai bien connu un tout petit en proie à la jalousie. Il ne parlait pas encore, et déjà il contemplait, tout pâle et d'un*



---

*regard empoisonné, son frère de lait* (“Vi con mis ojos y conocí bien a un pequeñín presa de los celos. Aún no hablaba y ya contemplaba, todo pálido y con una mirada envenenada, a su hermano de leche”). En su versión castellana (Madrid: Gredos, 2010, p. 128), Alfredo Encuentra Ortega la traduce así: “He visto y experimentado los celos de un pequeñín: todavía no hablaba y contemplaba pálido, con amarga mirada, a un hermano de leche”.

<sup>xxi</sup> *Self-sacrifice* (abnegación) también podría traducirse más literalmente por sacrificio de sí mismo.

<sup>xxii</sup> Abram Kardiner propuso y definió el concepto de estructura básica de la personalidad en su libro de 1939, *El individuo y su sociedad. La psicodinámica de la organización social primitiva* (México: Fondo de Cultura Económica, 1945) como “aquel grupo de características psíquicas y conductuales derivadas de los contactos con las mismas instituciones, tales como el lenguaje, las connotaciones específicas, etc.”.

<sup>xxiii</sup> *Leaving all the talking to him* (dejándolo hablar sólo a él) también podría traducirse por “dejándolo hablar sólo a él” o “dándole toda la palabra”.